

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Hoy, en el contexto de la liturgia, celebramos el encuentro con Dios o la apuesta del Señor sobre la humanidad o también: ¿Qué espera Dios de nosotros?, y ¿qué esperamos nosotros de Dios? Son preguntas frecuentes que se pretenden resolver desde el evangelio de hoy.

Quien no recuerda que Dios nos creó y seremos como Él, estará destinado a la pérdida del verdadero sentido de la vida, ser seres trascendentales o seres comunitarios; por eso, el pecado tiene implicaciones en todos los niveles y ámbitos de la vida personal y social; por eso el pueblo piensa que ya todo ha terminado, pero a veces... cae en la desesperanza; en medio de esa situación el pueblo se levanta y piensa que siempre existe una luz y en la esperanza que nos ofrece el Señor.

En la *Carta a los Romanos* el apóstol Pablo, nos invita a acogernos al proyecto de Dios versus la carne o su anteproyecto, muchas veces nos negamos al verdadero proyecto de Dios sobre nosotros. Al dirigirse a los romanos, Pablo tiene ya en su haber una larga experiencia misionera que le había llevado a enfrentarse, de palabra y por cartas, con las principales dificultades y problemas por los que atravesaban las comunidades cristianas, ya sean las fundadas por él mismo o las otras de las que tenía noticia por la constante comunicación que existía entre las diversas Iglesias esparcidas por el Imperio, se preguntaba Pablo. Y ahora responde: Cristo, regalándome su Espíritu. Este nuevo poder lo describe en oposición a la ley del pecado y de la muerte. El ser humano, abandonado a sus propias fuerzas, no puede medirse con un enemigo tan poderoso como la "ley del pecado". La derrota significa la muerte total, la ausencia de Dios. Pero ahora contamos con un aliado formidable: el Espíritu Santo que nos está poniendo la victoria al alcance de la mano. La batalla continúa, las fuerzas del pecado siguen

amenazando con su capacidad destructiva, pero la situación ha cambiado. Todos los temas fundamentales de la predicación de Pablo se dan cita en este capítulo para presentarnos una grandiosa visión de la fe cristiana como camino de vida y esperanza, contemplada bajo la revelación del misterio de amor de Dios en sus tres protagonistas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La muerte y resurrección de Jesús abren las puertas del mundo al Espíritu. Así entra en la escena de nuestra lucha contra el “instinto” que nos arrastra al pecado y a la muerte, el tercer protagonista del “misterio de salvación”, el Espíritu Santo, a quien Pablo nombrará 29 veces en este capítulo, y lo presenta con un dinamismo de arrolladora actividad: inspira (5), tiende a la vida y a la paz (6), habita en los cristianos (9), dará vida a nuestros cuerpos mortales (11), en últimas los temas centrales de la carta que nos muestran el camino para compartir su pasión, a través de la cual compartiremos también su gloria en la vida eterna (cf. *Flp* 3, 10s).

JESÚS RESUCITA A SU AMIGO LÁZARO

Este día constituye un episodio completo, su contenido es la resurrección y la vida hechas realidad por Jesús. El contenido teológico de Juan es el séptimo y último signo de Jesús. Por eso, lo ha dotado de excepcional belleza y atracción, que incluso va a desencadenar en uno de los motivos de la muerte de Jesús. El evangelista no solo ha querido contar un milagro, sino también confirmar la palabra reveladora de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida”.

La resurrección de Lázaro se relaciona directamente con Jesucristo, dador de vida, la vida como un regalo o don del Señor. El don de la vida se presenta aquí como victoria sobre la muerte. Jesús venció a la muerte muriendo. Este es el sentido del diálogo entre el Maestro y sus discípulos.

EL ENCUENTRO CON LÁZARO

Al llegar a Betania, Jesús encuentra a Lázaro ya muerto de cuatro días en el sepulcro (17), es decir, públicamente muerto del todo. Ya no se puede hacer nada, humanamente hablando, podríamos decir que ya llegó a su fin en la vida biológica, se está descomponiendo, huele mal, a pesar de los perfumes que se les ponen a los muertos.

Sin embargo, viene el encuentro de Jesús con la familia de Lázaro en Betania. La honda humanidad de Jesús se refleja en las acciones más sencillas y ordinarias, como el versículo más corto de toda la Biblia: “Jesús lloró”, expresa el dolor por la muerte de Lázaro, no es cualquier persona es una persona cercana, es el duelo y el proceso del duelo, saber perder a esa persona, saber aceptar la muerte, el límite del ser humano es la muerte, pero estamos ante Jesús el que le da sentido a la vida, son lágrimas de dolor que se expresan ante la muerte.

EL SENTIDO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

¿Cuál es el sentido de la vida y de la muerte? Jesús es el Hijo de Dios, quien da sentido a la vida y a la muerte, o mejor aún, Jesús se enfrenta con la muerte para vencerla. Esto nos refleja una situación límite, es un tocar fondo pero que no todo está concluido, porque Jesús el Hijo de Dios puede vencer la muerte y decirnos a nosotros que no todo está concluido, incluso no todo terminó con la muerte de Jesús en la cruz, porque Jesús resucitó al tercer día, y en el encuentro con Lázaro se vuelve a la vida temporal para volver a morir, es una corta separación de los seres queridos. Mientras que la resurrección de Jesús es para siempre.

Tenemos que Jesús se dirige al sepulcro, donde están los cadáveres, donde ya no tiene sentido nada, porque la vida ha llegado a su fin, pero para Jesús

que tiene el poder sobre la vida y la muerte, quiere enfrentarse con la muerte para vencerla y viene el grito de acción de gracias que brota de su corazón, tal vez son pocas las veces que experimentamos el grito de Jesús, no es de desespero es de confianza al Padre, así mismo como el último grito en la cruz: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”. Este grito significa varias cosas, entre ellas el anticipo de la gloria, el anticipo como un llamado a todos los que creen, también es un llamado a enfrentar la muerte como Jesús la enfrentó y creer en el Dios de la vida no de la muerte. Es la hora de Jesús, en que los muertos oirán su voz del Hijo de Dios y los que oigan vivirán (5, 25). Aunque la resurrección de Lázaro es temporal, porque vuelve a morir, es una señal de la verdadera vida que concede el Señor a quienes creen y creerán como un don divino.

La fe es un don de Dios, es confiar en el Señor que da la vida, si uno cree tiene vida eterna, si uno cree en la resurrección de Jesús alcanza la salvación, la fe abre las puertas en la vida, mientras que la incredulidad cierra las puertas de la vida.

EL CAMINO DE REFLEXIÓN SINODAL

¿Qué es lo que más te ha llamado la atención en todo este episodio narrado con tantos detalles? ¿Por qué? ¿Cuál es el punto central y más importante de todo lo que el texto nos cuenta? ¿Por qué? ¿Cuál es el comportamiento de los discípulos? ¿Qué dicen y qué hacen? ¿Cómo se comportan Marta y María? ¿Qué dicen y qué hacen? ¿Cuál es el comportamiento de los judíos? ¿Qué dicen, hacen o planifican? ¿Con quién te identificas más: con los discípulos, con las hermanas, con los judíos, o con ninguno de ellos? ¿Has pasado alguna vez por momentos en los que se han mezclado desesperación y esperanza, muerte y vida? En estos momentos difíciles ¿qué es lo que ha

sostenido tu fe? ¿En qué modo Lázaro resucita hoy? ¿Cómo sucede la resurrección hoy, dando vida nueva a los pobres?

Jesús lloró para enseñarle al hombre a llorar

“Lázaro, con cuatro días de muerto y encerrado en el sepulcro, es el símbolo de un gran pecador. ¿Por qué razón se conmueve si no es para enseñarte cómo debes conmoverte cuando te ves oprimido y aplastado por el gran peso de tus pecados? Te examinaste, te reconociste culpable y dijiste: cometí este pecado y Dios me perdonó; cometí aquel y no me castigó; escuché el Evangelio y lo desprecié; fui bautizado y recaí en las mismas culpas. ¿Qué hago? ¿Para dónde voy? ¿Cómo podré salir de esto? Cuando hablas así, ya Cristo se conmueve, porque en ti se agita la fe. En la voz de quien clama aparece la esperanza de quien resucita. Si dentro de ti hay fe, dentro de ti está Cristo que se estremece interiormente. Si en nosotros no hay fe, no está Cristo. Es el Apóstol quien lo dice: “Cristo habita por la fe en nuestros corazones” (*Ef 3, 17*). Por tanto, tu fe en Cristo es Cristo en tu corazón. Que se estremezca Cristo en el corazón del hombre oprimido por el peso inmenso y por el hábito del pecado, en el corazón del hombre que transgredió el santo Evangelio, que desprecia las penas eternas: que se estremezca Cristo, que se repruebe el hombre a sí mismo. Escucha algo más: Cristo lloró. Que el hombre se llore a sí mismo. De hecho, ¿por qué motivo lloró Cristo si no para enseñar al hombre a llorar?” (San Agustín, “In Ioannes Ev.” 49,19).